



Confianza

Una encuesta adelantada en más de setenta países afirma que, mientras los chinos confían en el 65% de las personas que conocen y los nórdicos en el 75%, los colombianos solo confiamos en el 5%.

Muchas otras mediciones concluyen igual: Colombia es un país en el que prácticamente **nadie confía en nada ni en nadie**.

FUTURO EN TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a **39 autores** a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.



Apoya:



CONFIANZA

FUTURO  EN TRÁNSITO

C O N

Hernán Santacruz

F I A

Diego Bautista

N Z A

Laura Mora

FUTURO  EN TRÁNSITO

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Comisionados

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*

Alejandro Castillejo Cuellar

Saúl Franco Agudelo

Lucía González Duque

Carlos Martín Beristain

Alejandra Miller Restrepo

Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)

Carlos Ospina Galvis

Leyner Palacios Asprilla

Marta Ruiz Naranjo

María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)

Patricia Tobón Yagari

Alejandro Valencia Villa

Secretario general

Mauricio Katz García

Directores

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*

Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*

Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*

Diana Britto, *directora de conocimiento*

Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*

Oficina de cooperación internacional y alianzas

María Paula Prada Ramírez

Oficina de comunicaciones

Ricardo Corredor Cure

Futuro en tránsito

Dirección general: Alonso Sánchez Baute

Coordinación editorial: John Naranjo

Dirección de arte: Raúl Zea

Editores: Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

Equipo de diseño: Juliana Salazar - Guido Delgado

Corrección de estilo: Andrés López - Alberto Domínguez

Mesa técnica

Paula Arenas Canal

Tiziana Arévalo Rodríguez

John Naranjo

Alonso Sánchez Baute

Confianza

HERNÁN **SANTACRUZ**

DIEGO **BAUTISTA**

LAURA **MORA**

Confianza

© 2020 Hernán Santacruz

© 2020 Diego Bautista

© 2020 Laura Mora

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

Delegación de la Unión Europea en Colombia

Patricia Llombart Cussac, embajadora de la Unión Europea (UE) en Colombia

Red Nacional de Programas Regionales de Desarrollo y Paz — Redprodepaz

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.

ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1

ISBN VOLUMEN: CONFIANZA 978-958-5586-35-2

© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

Presidente de la Comisión de la Verdad

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generara cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

INTRODUCCIÓN

SEGÚN EL BARÓMETRO DE CONFIANZA DE EDELMAN, el estudio global que mide el nivel de confianza en el Gobierno y las empresas, solo tres de cada diez colombianos cree en el Gobierno actual.

El 75% lo percibe como deshonesto y el 53% cree que carece de visión de futuro. Los resultados del Barómetro de la Reconciliación presentados el año pasado en el Festival Gabo, en tanto, concluyeron que el 84% de los colombianos desconfía de los medios de comunicación tradicionales, el 63.7% del ejército, y el 74.8% de la policía. Así como los ciudadanos recelan de las autoridades, y hasta les temen, las autoridades desconfían de los ciudadanos.

Una tercera encuesta adelantada en más de setenta países afirma que, mientras los chinos confían en el 65% de las personas que conocen (familiares, amigos y vecinos) y los nórdicos en el 75%, los colombianos solo confiamos en el 5%. ¡El 5%! Muchas otras mediciones concluyen igual: Colombia es un país en el que prácticamente nadie confía en nada ni en nadie.

La desconfianza es el primer síntoma de esa enfermedad que envenena el alma llamada odio. Si no confiamos en

nadie solo nos queda armarnos a todos, pues desconfiar de todo y de todos nos lleva con facilidad a ver en cualquiera un enemigo a destruir. Así las cosas, ¿cómo construir nación?

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica, de entre 13 que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva implícita en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad y para que nos ayude en la construcción de ciudadanía.

En esta oportunidad se invitó al médico psiquiatra Hernán Santacruz Oleas para quien la confianza es un sentimiento con componentes genéticos ligados a la supervivencia individual; al asesor de los diálogos de paz en La Habana, Diego Bautista, quien afirma que el diálogo es el camino inequívoco para construir la confianza individual y social; y a

Laura Mora, directora de cine, quien entiende la confianza como un salto al vacío donde se tiene la certeza de que, antes de chocar con el asfalto, alguien nos jalará de vuelta.

Alonso Sánchez Baute

Director del proyecto



HERNÁN SANTACRUZ

Confianza y genética

ESTE TEXTO PRETENDE REUNIR DOS PUNTOS DE VISTA QUE no son opuestos, sino complementarios: el de la psicología evolucionista y el del psicoanálisis. La primera es un conjunto de hipótesis y teorías acerca de la determinación que el comportamiento humano tiene como consecuencia de la evolución, que desde hace más o menos dos millones y medio de años condujo a la aparición del hombre en la Tierra; esa evolución es secundaria al progresivo incremento del tamaño y complejidad del cerebro, y en particular del neocórtex, que se relaciona con las características que afirmamos como únicas o notablemente desarrolladas en nuestra especie.

El psicoanálisis, por su parte, constituye también un conjunto de hipótesis y teorías que explica el funcionamiento psicológico y psicopatológico de las personas, partiendo

de la afirmación de la existencia de determinantes innatos e inconscientes que se denominan pulsiones, comunes a todos los seres humanos y que están al servicio de su supervivencia individual y, eventualmente, de su reproducción exitosa.

El punto de unión entre los dos enfoques anteriores es la noción de instinto, un concepto puente entre la biología y la psicología, porque su origen está en estructuras cerebrales arcaicas, su expresión son los diferentes motivos básicos de la conducta humana que se han modificado por influencia de la cultura en lo que se refiere a las múltiples maneras en que se muestran. Además, estos aspectos están presentes en todos los animales superiores. En la psicología humana esa manifestación de instinto actúa con mayor o menor intensidad y provoca la aparición de lo que denominamos cultura gracias al desarrollo de habilidades psíquicas complejas, tales como el lenguaje, la inteligencia, el pensamiento simbólico y la racionalidad.

La confianza es un sentimiento, es decir, un afecto de larga duración que determina el modo de relacionarnos con los otros, en primer lugar, y luego con las instituciones e incluso con las cosas. Pero su configuración y vicisitudes estarán sujetas al influjo de las experiencias individuales reconociendo que las más tempranas serán definitivas. Es claro también que la confianza es inseparable y coincidente con los niveles de afecto entre las personas.

Cabe postular, sin temor a equivocarse, que la confianza tiene componentes genéticos ligados a la supervivencia individual que solo es posible en las especies gregarias, si el individuo está inmerso en un grupo que garantiza su seguridad. La confianza es entonces «natural». La desconfianza, por antitético, es por tanto igualmente natural. La confianza absoluta se da de manera excepcional en las relaciones entre las personas y se consolida con los otros en la medida en que todos, dentro del conjunto social en que se vive, actúen de modo tal que no se pierda. La desconfianza aparece también muy tempranamente y se vuelve un rasgo infortunado de personalidad cuando las experiencias tempranas con las figuras de apego originales son frustrantes o dañinas.

Se dijo antes que el origen del sentimiento de confianza debe rastrearse hasta la infancia temprana, se constituye y consolida en la relación madre-hijo, y si esta ocurre en condiciones favorables y durante un tiempo suficiente, el niño crecerá con «confianza básica». Erik Erikson ubica, entre el nacimiento y los dieciocho meses, el período en que esta se adquiere o no. En el mismo campo del psicoanálisis posfreudiano vale la pena mencionar aquí la teoría del apego de John Bowlby, quien la formuló luego de la observación de infantes y de la forma en que ellos interactuaban con sus figuras de apego tratando siempre de estar cerca de ellas y alejándose progresivamente, manteniendo en todo momento una distancia segura en el sentido de poder ser vistos o escuchados por sus cuidadores.

El apego, según se ha descubierto en las últimas décadas, se relaciona con ciertas estructuras cerebrales asociadas a la experiencia placentera y mediadas por la oxitocina, varios neurotransmisores y endorfinas. La oxitocina es una hormona ligada al desencadenamiento de las contracciones uterinas necesarias para el parto mamífero pero, además de esta función, ahora se sabe que también está unida a toda experiencia placentera no solo en los lactantes sino en todas las etapas de vida. Lo anterior no es desdeñable, porque ahora se puede reconocer la finalidad de las experiencias placenteras que no es otra que generar apego, cosa que ocurre en muchos animales superiores, pero especialmente en mamíferos gregarios. Este apego, en la especie humana, será la base de todos los vínculos afectivos amorosos. E incluso de la ulterior extensión a objetos, lugares e instituciones que son queridos por las experiencias personales amables o gratas ligadas a estos.

Por lo anterior, la «confianza básica» se puede considerar una expresión resultante de un apego, en palabras de Bowlby «seguro y tranquilo», y las investigaciones actuales prueban sin duda que la mejor manera de propiciar el apego es a través del amamantamiento, ojalá prolongado, lo que significa en términos concretos, exclusivo durante los primeros siete meses y complementado por lo menos hasta el año de edad. De ahí que sea esencial propiciar la lactancia materna, evitar las leches industrializadas y la mejor táctica es aumentar la licencia de maternidad remunerada por lo menos hasta siete

meses e idealmente hasta un año. Un niño con un apego seguro y tranquilo probablemente requerirá menos medidas impositivas o sancionatorias cuando sea necesario inducir en él las normas y hábitos imprescindibles para una vida social adecuada.

Ahora bien, en la vida adulta, es en situaciones de riesgo, de daño e incertidumbre cuando más se evidencia la necesidad de confiar. En esos momentos, se busca la cercanía de personas a las que, por experiencias previas, consideramos «de confianza», ya que tenemos la certeza de que responderán igual que lo han hecho en el pasado.

Una persona que confía en sí misma regularmente logra que los otros confíen en ella; la capacidad de percibir esa característica está presente en todos los seres humanos y se expresa más en términos de lenguaje no verbal, de actitud corporal y de la prosodia del discurso; por lo mismo, la percepción a la que se alude no es plenamente consciente. Debe señalarse que estas características pueden aprenderse y de hecho hay sujetos que se capacitan en oratoria y manejo del cuerpo para ofrecer la imagen buscada, lo cual puede facilitar el engaño que, acumulado, producirá en las víctimas una disminución del sentimiento de confianza y la aparición de su par antitético: la desconfianza.

Así, pues, la confianza y la desconfianza son «contagiosas» en tanto que son sentimientos al servicio de la supervivencia individual y grupal y, aun cuando pueden perderse y

recuperarse a través de la experiencia vital, es probable que repetidos acontecimientos que lesionan la confianza pueden establecer un duradero estado de suspicacia e incredulidad. Cuando una figura confiable expresa su aprobación frente a algo, aquellos que creen en ella asumirán a su vez una actitud favorable frente a ese algo.

La corrupción, entendida en el sentido de las conductas de apropiación indebidas de los recursos públicos que, en el caso colombiano, es constante y escandalosa, ha producido una pérdida de confianza de la ciudadanía, en todos aquellos que, de manera directa e indirecta, manejan esos fondos. Un efecto similar ocurre con los miembros de otras instituciones, cuyos comportamientos rompen con lo esperado o enunciado en sus funciones al servicio de otros. El resultado final de todo lo expresado en este párrafo se traduce en la universal desconfianza hacia todas las instituciones, incluso aquellas que gozaron hasta hace pocas décadas de aceptación y reconocimiento.

Se ha dicho antes que, tanto la confianza como la desconfianza en términos individuales y socioculturales pueden propiciarse, pueden perderse y pueden recuperarse. Un aspecto que parece relevante es el que alude al incumplimiento frecuentemente celebrado y festejado de las normas básicas, cotidianas, que favorecen la vida en la comunidad con menores riesgos. Esos incumplimientos o violaciones «menores» de la norma deberían ser tan inaceptables social

y jurídicamente como las trasgresiones mayores y con una mayor capacidad de daño al bien común. Es posible que el empeño primordial para conseguir el cambio cultural que se necesita luego de una crianza que facilite el desarrollo infantil temprano sano, esté en manos de la institución educativa y de los docentes del ciclo básico primario

La masiva urbanización que ocurrió en los últimos cincuenta años ha determinado la desaparición progresiva e irreversible de la familia extensa y eso ha hecho no solo que las familias sean mucho menos numerosas, sino que además las mujeres tengan que ocuparse en labores lucrativas fuera del hogar. En consecuencia, los niños son tempranamente entregados a cuidadores no familiares y las desfavorables circunstancias de la mayoría de la población pobre tampoco propician el desarrollo pleno de un apego sano.

La solidaridad es, después de la infancia, la principal fuente de confianza. El comportamiento solidario amplio solo puede darse cuando hay empatía, entendiendo esta como la consecuencia de la capacidad de ponerse en el lugar del otro o aun, cuando esto no es posible, de aceptar y respetar la diferencia.



DIEGO BAUTISTA

Confiar sin remedio

CUANDO DECIDIMOS CONFIAR EN ALGO O EN ALGUIEN NOS lanzamos como un trapealista que, en las alturas, asume el riesgo de suspenderse desde el vacío hacia su pareja, aunque no sin el temor de que luego de unas piruetas en el aire pueda no encontrar las manos que le recibirán y le ayudarán a continuar el vuelo. Podemos intuir que, para llegar hasta ese momento de decisión irreversible, el acróbata habrá tenido que recorrer un camino con esa pareja y haber encontrado algunas certezas que reduzcan su incertidumbre y, desde luego, su miedo.

Quienes no somos acróbatas ni pertenecemos al mundo de las artes circenses preferimos apreciar ese maravilloso espectáculo desde tierra firme, pero lo que sí hacemos, y de forma permanente, es estar dispuestos a lanzarnos a

confiar en otros, a ofrecer y a ser depositarios de confianza. Lo hacemos en todos los espacios sociales de la vida cotidiana y sucede en el momento en que nos relacionamos directamente con otros con quienes podríamos establecer un vínculo. Más allá de la familia o del círculo social que consideramos íntimo, confiamos también en otras personas que hacen parte de espacios sociales más amplios, espacios que hemos aprendido a aceptar y que compartimos.

Nos arriesgamos a confiar a veces sin mayor información: confiamos en el tendero de la esquina a quien le compramos los alimentos sin saber cómo ni de dónde han llegado a su establecimiento; confiamos en lo que nos dicen y nos prescriben los médicos, incluso desde la primera vez que entramos en contacto con ellos; confiamos en los profesores a quienes encomendamos la educación de nuestros hijos, y en las instituciones que los seleccionaron para atender esas responsabilidades. Le entregamos nuestro dinero a los banqueros, hacemos negocios con personas que no conocíamos, y trabajamos con otros de quienes solo conocemos su posición en una organización. Comentan que Ernest Hemingway decía que la mejor manera de saber si puedes confiar en alguien es confiando en él.

Por eso estamos condenados a confiar, sin remedio. Si no nos atreviéramos a confiar sería imposible establecer algún tipo de relación que nos permitiera dirigirnos a un destino. Tomamos siempre el riesgo de confiar, así sea para que luego,

después de un desencanto, una decepción o una insatisfacción, lleguemos a desconfiar. Si no tomáramos esa osadía de confiar no podríamos movernos, nos despertaríamos todas las mañanas como Gregorio Samsa después de un sueño intranquilo, convertidos en un insecto y sin poder levantarnos.

Se han escrito libros y existen numerosos y diversos estudios sobre la confianza que han sido abordados desde muchas disciplinas, en particular desde la sociología. Niklas Luhmann detonó hace mucho tiempo la más reciente maratón en muchos carriles que continúa hasta nuestros días. Pero además de esas investigaciones, por la cotidianidad de nuestras interacciones sabemos que la experiencia y la información que recogemos en ese camino de confiar en los otros, seguir confiando en ellos, o desconfiar si defraudan nuestras expectativas, determinan nuestra disposición a volver a confiar otra vez: qué tanto o hasta qué punto podemos confiar, en quién, cómo y en qué situación.

Pero, a diferencia de los acróbatas que se lanzan el uno hacia el otro, este ejercicio diario de confiar no lo hacemos en el aire ni en las alturas, lo hacemos en un contexto social en donde nosotros y los otros ocupamos un lugar, y en donde interactuamos bajo el marco de unas reglas, de unas historias de vida y de una cultura que no siempre compartimos a pesar de relacionarnos directa e indirectamente en los mismos espacios y de ser parte de una misma comunidad y de una misma nación.

En esos contextos sociales, lejos del círculo familiar y de nuestra «rosca», cuando nos aproximamos a la gente que es «de otro parche», esa confianza puede crear vínculos con las personas con las que nos relacionamos pero que desconocemos: «Si alguien hace lo que yo espero que haga cuando confío en esa persona, puedo confiar en ella y además ese alguien también podría confiar en mí». Y esa nueva situación nos da también la seguridad para seguir interactuando y estrechar los vínculos creados: «Puedo volver a confiar en alguien porque veo que ambos compartimos intereses para confiar el uno en el otro».

Ese círculo virtuoso de confianza, que es parte de lo que se ha llamado confianza social, hace posible la colaboración y la cooperación, incentiva que se puedan emprender acciones conjuntas que nos beneficien mutuamente e incluso promueve que «nos juntemos» por ciertas causas que pueden ir más allá de ambos y beneficiar a otros.

¿Pero qué tan posible es que puedan generarse esos círculos virtuosos de confianza en el contexto colombiano? La respuesta es más rápida desde la fe que desde el raciocinio. No se puede hablar de contexto y de confianza social sin hablar del Estado, de su presencia e influencia en nuestra vida y en los espacios en donde interactuamos. Si bien la confianza es voluntaria en el sentido de que nadie nos obliga a confiar, el Estado puede darnos mayor certidumbre para arriesgarnos a confiar. En este caso: «Un tercero –el Estado– hace que

alguien haga lo que yo espero que haga cuando confío en esa persona...» y «puedo volver a confiar en alguien porque veo que no solo ambos compartimos intereses, sino que hay un tercero —el Estado— que asegura que sigamos confiando el uno en el otro». El Estado entonces sería de alguna manera un garante de la confianza social e incluso la estimularía.

Tomando los ejemplos mencionados antes, confiaríamos más en nuestro tendero de la esquina si supiéramos que hay unas autoridades que controlan la cadena de trazabilidad de los alimentos que le compramos, confiaríamos más en los profesores a quienes encomendamos nuestros hijos si creyéramos que detrás de ellos hay un sistema educativo idóneo; y confiaríamos más en los banqueros, si estuviéramos seguros de la efectividad de las reglas, seguros y garantías que protegen nuestro dinero. Y confiaríamos aún más en esas y otras situaciones si además de saber eso, tuviéramos la tranquilidad o al menos percibiéramos que aquellos depositarios de nuestra confianza saben también que en caso de incumplimiento habrá un Estado que los sancionará. Tendríamos entonces mayor certidumbre para apostarle a confiar, iríamos casi que «a la fija». Pero en nuestro caso no es así.

Desafortunadamente, los colombianos tenemos una fundamentada percepción negativa de la eficacia y efectividad del Estado y del funcionamiento de las instituciones para hacer cumplir la ley. Incluso, como se puede ver en muchas mediciones que nos comparan con otros países, quedamos

muy mal parados en lo que respecta al nivel de confianza en nuestra institucionalidad para cumplir con las garantías básicas: seguridad y justicia.

Esto, sumado a la percepción veraz de corrupción de gobiernos y autoridades, crea un sustento muy débil para confiar en el Estado, para esperar que se cumplan nuestros derechos fundamentales, pero devela también un riesgo elevado de confiar entre nosotros, pues nos sentiríamos más seguros a la hora de confiar en los otros si tuviéramos más certeza de que el Estado velará porque no se defraude nuestra confianza. En esas circunstancias, no nos queda otro camino que confiar exclusivamente bajo nuestro propio riesgo.

Dicen que cada cual habla de la fiesta según como le vaya en ella, y esa percepción general negativa del Estado se atiza con la realidad de muchas regiones de Colombia, y aún más en la llamada periferia y en la ruralidad, en donde la lejanía se establece, más que por kilómetros de distancia, por la enorme diferencia que hay entre regiones en cuanto a la garantía de derechos y a la existencia de condiciones favorables para vivir y disfrutar la vida. Tenemos muchos territorios donde es muy difícil para las comunidades pertenecer a una nación, donde ser «parte de» es solo una telenovela, y en donde la integración que pretende la confianza social no encuentra tierra fértil.

Además de que Colombia es uno de los países más desiguales del mundo, el nacer en Guainía, Chocó, Putumayo

o La Guajira, probablemente determina una trayectoria más compleja, de mayores desafíos y con menos oportunidades que si se tiene el privilegio de ver la luz en Bogotá o en Risaralda. Aunque no descarto que un tumaqueño pueda dar con un camino de puertas abiertas, si es que como dicen las tías, nació con estrella o durante una especial conjunción de astros; o quizá porque se le apareció la virgen o, finalmente, porque acaso tuvo la suerte de subirse a algún vagón extrañado de la movilidad social que pasó por su territorio.

En realidad, si se sintiera un menor desamparo estatal y estos circuitos de movilidad social fueran más numerosos y se conectaran a esos territorios, tal vez confiaríamos con mayor decisión en los otros e incluso participaríamos con menos prevenciones en acciones conjuntas, pues percibiríamos claramente y de manera más colectiva un propósito de equidad y de justicia desde el Estado y sus instituciones.

Esto nos daría sentido de pertenencia y certeza sobre el futuro. Pero sentimos que no es así, y el Estado, que debería generar ciertas condiciones para que floreciera la confianza, responde poco a su llamado a lista en esas regiones, o no responde, o responden por él. O como dicen en las películas gringas: «Salió un día a comprar cigarrillos y nunca regresó».

Después de mucho tiempo de desasosiego prolongado por ese Estado ausente, hace pocos años tuvimos la esperanza de que con el fin de ese longevo conflicto armado tendríamos una segunda oportunidad sobre la tierra. Pero pareciera por

momentos que los liderazgos políticos nacionales vigentes no van a ser capaces de sacarnos del camino del extravío.

Estamos viendo hoy cómo, probablemente, se perdió la oportunidad de haber hecho que el Estado fuera una realidad en muchos territorios, que se establecieran las instituciones en donde nunca han existido, que se restauraran en donde alguna vez se iniciaron o estuvieron, o que se recuperaran en donde han sido usurpadas. Como lo dijeron en algún momento sus artífices, de eso también se trataba este último proceso de paz, no solo de sacar armas y gente armada de la vida en los campos y territorios alejados, sino de generar unas nuevas condiciones y garantías para que las comunidades en esas regiones volvieran a confiar en el Estado.

Un Estado que sería cimentado o restituido con la participación de esas mismas comunidades que –pese al desarraigo y mucho antes de que se buscara un acuerdo o de que se iniciara una negociación con los grupos armados– habían confiado sin remedio en que llegar a la paz era posible y habían puesto su empeño en que se consiguiera, aun en los tiempos más adversos.

Cuando tuve el privilegio de trabajar como asesor de la oficina del Comisionado de Paz en su propuesta de paz territorial, visité las zonas en las que con mayor intensidad se había dado el conflicto, escuché múltiples y diversas voces de la gente que había sobrevivido a los efectos e impactos de esa guerra y vi cómo, aun con esas historias de vida, en

esas situaciones de peligro y miedo, desprovistos de toda garantía, muchos de sus líderes se arriesgaban a confiar en otros –incluso en quienes consideraban sus enemigos– para buscar acuerdos que detuvieran la violencia de los grupos armados y permitieran lograr espacios de convivencia entre los poderes de sus regiones.

Simultáneamente, a miles de kilómetros de esos municipios, como resultado de un largo y delicado proceso de construcción de confianza, se había llegado a una mesa de conversaciones entre viejos enemigos, se hacía una negociación compleja y metódica para ponerle fin al conflicto armado, se iban acordando uno a uno los puntos de la agenda prevista, se llegaba a un acuerdo final y a su firma, y se llevaba ese acuerdo a refrendación de los colombianos a través de un plebiscito.

Hoy sabemos cómo fue la trama y el desenlace de los últimos episodios de esa temporada, aunque no sabemos aún por dónde irá el final de la serie. O mejor, de esa telenovela nacional que incluyó afanes, ambición, soberbia y arrogancia, ingenuidades, subestimación, miedo, oportunismo, engaño, mala leche, vanidades, ceguera y rencor en una historia que continúa hasta hoy. Se le puso fin a un largo conflicto armado, sí, pero ese proceso instaló una división radical en la sociedad que ha venido haciéndose más profunda con el paso del tiempo, a pesar del hastío de la audiencia y de los contendores.

Pareciera que una vez más se nubla el clima de confianza de los colombianos en el Estado y este siempre se oscurece más rápidamente en las zonas alejadas. No se hicieron a tiempo las tareas inmediatas para iniciar la integración de los territorios que se iban a recuperar y otros actores tomaron ya la posta en muchas regiones, se desperdició la oportunidad de una agenda de futuro con puntos a deliberar colectivamente, los liderazgos políticos nacionales han desembocado en el caudal de otras viejas y nuevas tensiones y ahora estamos transitando azarosamente en el río crecido de la polarización.

Las fuerzas centrífugas de esa polarización política, que se mueven hoy en muchos otros lugares del planeta, parecen actuar con fiereza en este trópico. Pero ese consuelo académico no sería patético si no tuviera efectos negativos en la forma como se resuelven las tensiones que están presentes en nuestros territorios, y si no estuviéramos palpando ya los riesgos de retornar a viejas violencias, avivarlas o inaugurar unas nuevas.

Nuestra vocación de confiar sin remedio debe ser la que a esta altura del partido nos hace seguir creyendo que todavía es posible aprovechar el hecho de haber deslegitimado la violencia con argumentos políticos, que en muchas regiones era habitual, que es posible que el relevo generacional que empieza a emerger en los liderazgos políticos nacionales de esta transición puede rescatar la oportunidad de atender más colectivamente las deudas sociales pendientes, y que los

liderazgos regionales pueden tomar ellos mismos la posta de la responsabilidad sobre el futuro de sus territorios sin esperar –como el coronel de la novela– a que los milagros lleguen desde la capital.

Para esto, los líderes regionales y locales, especialmente los de la llamada sociedad civil, que abarca empresarios, líderes cívicos y comunitarios, referentes espirituales y estudiantes, tendrían que arriesgarse a confiar entre ellos, y los unos con los otros, con la osadía que exigen estos tiempos de polarización y tensión.

Afortunadamente, en el asunto de la confianza la gente vuelve a insistir como su natural destino –incluso a veces contra su racionalidad–. Por fortuna, en los procesos regionales en los que he participado recientemente en territorios de alta complejidad, he podido comprobar que es posible construir esa confianza entre individuos o alentar la confianza social, incluso en sociedades divididas y fragmentadas. En estos procesos he visto que el diálogo es el camino inequívoco.

En contra de la percepción que pudiera generar la extrema división que se percibe en el debate nacional, existe una enorme disposición en los líderes y dirigentes relevantes en el nivel territorial para involucrarse en diálogos sobre los aspectos más críticos de sus regiones. Diálogos que derivan en espacios de confianza que tienen la potencia incluso para avanzar hacia acciones conjuntas de colaboración y cooperación.

Pero no se trata de un diálogo limitado a la comunicación o al intercambio de opiniones, que ponen en blanco y negro las coincidencias o diferencias. Estas serían solo discusiones –por supuesto siempre bienvenidas–, pero insuficientes en un contexto como el actual, no solo el de aquí, sino el de allá y el de acullá. Para comprobarlo, los convido a encender el radio y escuchar eso que llaman las «mesas de trabajo» en las emisoras nacionales y locales o los formatos de los programas de debate de los medios de comunicación. Y eso para no invitar a nadie a que se asome a las esquizofrénicas interacciones que suceden con glotonería en las redes sociales.

No se trata tampoco del diálogo «del yo con yo», que es el más frecuente y en el que solemos estar más cómodos porque es el menos riesgoso. El diálogo de «a mí me pasa lo mismo que a usted» es necesario, sí, pero también ciertamente insuficiente. En la órbita de los liderazgos y en los contextos de división no basta con conversar solo con los que piensan igual a nosotros o tienen posturas similares frente a la realidad social.

Se trata del diálogo entre «yo» y «los otros», aquellos que no solo «no piensan como yo» o «igual que yo», sino que tienen pensamientos distintos, e incluso «opuestos al mío», para buscar consensos legítimos sobre la realidad y el futuro imaginado. Y es alentador que esto no solo haya estado haciéndose ya en algunas regiones, sino que en muchas otras partes y contextos no hacerlo sea considerado como una carencia.

Hoy hay líderes que desde los territorios están dispuestos a dialogar con ese «otro», a arriesgarse a entrar a espacios donde abunda la desconfianza con el propósito de hacerse cargo de sus problemáticas locales. Cansados de ver en los medios de comunicación y en las redes sociales el jaleo entre nuestros «protagonistas de novela» de la política nacional, y sintiendo en carne propia la vulnerabilidad de lo que esa batalla campal significa en sus regiones, he visto cómo líderes empresariales y sociales en lugares como Caquetá, Cesar y Meta, con intereses y derechos diversos y opuestos, han conseguido, a través del diálogo y del intercambio sostenido de sus historias y posturas, instalar espacios de confianza estables, a pesar de sus diferencias profundas.

Estos espacios, contruidos y sostenidos por el diálogo desde la diversidad y la contradicción, no solo mitigan los efectos nocivos de la polarización, también son espacios de inclusión, pues vinculan a líderes locales, tradicionalmente por fuera de estas conversaciones, con aquellos que son expresiones de otros poderes en su territorio. En territorios de alta afectación por el viejo conflicto y también por conflictos más recientes, contribuyen a reconstruir el tejido social y pueden lograr estimular procesos de convivencia genuina.

Estos espacios de confianza no aparecen espontáneamente, ni son eventos de un día que culminan con la foto de un apretón de manos o de un abrazo pasajero. Son, como dice John Paul Lederach, procesos de varias vueltas donde con la

conversación que se va tejiendo va erigiendo confianza hasta crear una red social. Y cada nudo urdido de la red puede ser el punto de partida para un nuevo vínculo que amplía el entramado.

Regresando a la añoranza del Estado en los territorios, estos espacios de confianza tienen el potencial de crear masa crítica de ciudadanos que cooperan y pueden ejercer el liderazgo local, lograr una interlocución provechosa con la institucionalidad, conseguir acuerdos de largo plazo sobre mínimos esenciales para la vida de las regiones; pero también, en la realidad de nuestros territorios, interpelar a las instituciones en lo concerniente a la probidad de sus acciones y al deber de proteger la vida. Justamente aquello de lo que en Colombia se ha venido hablando desde hace décadas a nivel nacional con el estribillo –casi de bambuco– del «acuerdo sobre lo fundamental».

Ante la estrechez y el autismo que ha mostrado nuestra democracia representativa y la impotencia de los Gobiernos para hacer prevalecer los derechos en muchos territorios, quizá sea desde ahí, desde las regiones y desde la ciudadanía, con la articulación de voces disímiles y encontradas pero aglutinadas alrededor de propósitos comunes, desde donde podemos empezar a construir conjuntamente esa confianza en el Estado y en nuestras instituciones, así sea a partir del ejemplo.

Insisto, los liderazgos políticos y dirigentes nacionales no han logrado superar los miedos y rencores para convocarnos

a la construcción y recuperación de la confianza. Los representantes de los diferentes sectores sociales, económicos y políticos, y las instituciones, deberían ser los actores centrales en la generación de espacios de encuentro, ser ejemplo del cambio de comportamientos, tener la gallardía de intentar una relación más funcional para la construcción de confianza en el Estado, pero hasta hoy no han sido capaces de salir de sus pequeños juegos y asumir sus responsabilidades. Están quedando así retratados para la historia, inferiores a su tiempo.

El porvenir de la transición en la que está Colombia y de la construcción de esa paz entre todos, que alguna vez se propuso y que no comenzó, requiere transformaciones profundas también en las maneras como sus habitantes nos relacionamos y nos organizamos en sociedad. En un tiempo y espacio tan convulsos como los que estamos, necesitamos confiar con más audacia. Y está visto que para eso no hay que esperar la aparición del Estado: tendremos que empezar a hacerlo con valentía, en esos espacios cotidianos en los que cada uno de nosotros puede, con la pericia de un buen joyero, tejer permanentemente sobre la fragmentación social que nos rodea. No solo creyendo y diciendo que eso es posible, sino haciéndolo posible con acciones.

¡Atrevámonos a lanzarnos como los trapecistas! Si somos fieles a la coreografía y cada uno hace su parte nos recibirán esas manos para ayudarnos a continuar el vuelo. †



LAURA MORA

La confianza como posibilidad de emancipación

Cuando me hayan devuelto mi casa y mi vida,
entonces encontraré mi verdadero rostro.

J. CORTÁZAR

CUESTA MUCHÍSIMO TRABAJO ESCRIBIR CUANDO NO SE dimensiona la palabra misma. Sobre todo, cuesta cuando se ha crecido en una sociedad que pareciera estar constituida sobre la base misma de tener un enemigo y la construcción de ese enemigo parte de no confiar en el otro. Un imaginario anclado al miedo al otro. Este enemigo nuestro ha ido mutando por generaciones, cambia de nombre, entre singular y plural, entre alias y siglas, entre individual y colectivo, cambia de rostro y, así mismo, de rastro.

La presencia del enemigo logra cohesionar ciertos sectores en la sociedad. Constituye bandos y hace del otro, del supuesto enemigo, una masa amorfa, monstruosa, carente de cualquier posibilidad de ser humano. Minimiza el relato, lo simplifica a un lugar estrecho donde solo caben unos cuantos. El otro es sinónimo de todo lo ominoso. Lo diferente se torna un lugar sospechoso, carente de posibilidad de existir. Ese otro que no piensa como yo no es de fiar. Es el objeto del miedo.

Me pregunto, entonces, si la confianza está ligada siempre a la idea de iguales.

Confiar solo en quien piense como yo, confiar solo en aquel que cree en lo mismo que yo, confiar solo en el que se ve como yo, confiar solo en el que ha crecido en un entorno similar al mío.

Pareciera a veces que es así como la hemos interpretado, y en esa negación de la alteridad hemos negado la posibilidad de conocer lo distinto, no simplemente con el ánimo de coincidir, sino para lograr una visión del mundo más amplia, más exigente, con más matices, con mayor riqueza. En lo personal, encuentro que cuando se le impone pensar y comportarse de manera uniforme a una sociedad determinada, aparecen siempre brotes de violencia.

La palabra confianza viene del latín. El prefijo *con*, significa conectar, consolidar. La raíz *fi*, que viene del verbo fiar, significa lealtad, fe. Se relaciona etimológicamente con las palabras

coherencia, inteligencia, experiencia. Todas ellas palabras de significado profundo, palabras importantes, indispensables.

La falta de confianza tiene que ver en gran parte con la falta de lenguaje, con la precariedad del mismo, con la poca importancia que se le ha dado a la palabra como instrumento tejedor de puentes. La conversación, la posibilidad de interpretar, de escuchar –que finalmente es la única manera de incluir al otro–, se convierte también en la única posibilidad de descifrar la complejidad y el enigma que convierte a cada individuo en un ser único.

La conversación nos invita, a través de la palabra y la escucha, a pensar desde el lugar del otro. Así el otro esté situado en la orilla ideológica más lejana, el diálogo, el lenguaje, es la posibilidad de existir sin violencia. Es un ejercicio exigente que no ha sido parte esencial de nuestra historia que inevitablemente ha derivado en tragedia.

En la oportunidad de proponer la palabra y el lenguaje como escenarios de coexistencia ocurren cosas muy interesantes: se desactivan los históricos mecanismos de venganza, el enemigo toma rostro, su cuerpo se vuelve materia, reconocemos parte de su historia, conjugamos su presente y pasado, incluso podríamos adivinar sus sueños, reconocemos su vulnerabilidad.

Al entablar un diálogo honesto para tejer confianza, en ciertos casos podrán ocurrir sorpresas maravillosas, como empezar a reconocernos en aquel que creíamos opuesto, encontrar

coincidencias en nuestro propio relato, permitírnos que incluso el otro pueda tener la razón o que sus ideas nos puedan llegar a parecer hermosamente seductoras.

Entender que al otro, al contrario, que su alteridad y su complejidad ayudarán también a la construcción de uno mismo, no propicia más que la oportunidad de elevar el espíritu.

La confianza nos ayuda a construir sociedades más armónicas, pero no por ello homogéneas. Todo lo opuesto. Hay que luchar para que el respeto a la diferencia, el respeto a la existencia del otro, constituyan la base misma de la confianza.

La confianza es como un salto al vacío, donde uno tiene la certeza de que antes de chocar con el asfalto alguien le jalará de vuelta. Es una palabra que incluye la noción de futuro, porque se refiere en muchos casos a lo que esperamos que el otro haga o diga en un momento determinado que aún no ha ocurrido. Y en una sociedad donde el futuro siempre ha parecido incierto y el eterno presente nos hace sobrevivir, más que vivir en plenitud y darle forma a nuestros propios sueños y anhelos, pensar en una palabra que de por sí ya contiene el futuro es de un nivel de exigencia aún mayor.

Lo que generalmente esperamos del otro es respeto, atención, relevancia, dignidad. La confianza es un hilo delgado y frágil que permite, como su prefijo lo indica, conectarnos, acercarnos, pero que al romperse marca unas distancias de carácter espiritual a veces incluso imposibles de reconstruir.

Vivir sin confianza lo convierte a uno en un eterno cazador siempre al acecho, siempre mirando hacia atrás, esperando ser atacado por una sombra sin rostro y, así mismo, siempre dispuesto a atacar. Cuando el diálogo se rompe y la posibilidad de silencio para dejar que el otro hable se elimina, aparece inevitablemente el acto, y el acto generalmente sin la palabra mediante, es impulsivo y violento.

En nuestra historia como nación la opción trágica que hemos elegido ha sido siempre la posibilidad de minar ese puente, que es la palabra; minar la confianza para así obstruir el paso a la compleja belleza, el misterio que significa siempre conocer al otro. Todo aquel que aniquila al distinto aniquila la posibilidad de un diálogo.

Es trágico porque, al romper con la posibilidad de conversar, de escuchar al no poner estas dos acciones en el punto máximo de la dignidad, se niega al contrario. Aquel que no piensa como nosotros, aquel que nos produce miedo, que no se ve como nosotros. No hay pregunta alguna que anteceda la acción. Simple e irracionalmente pasamos al acto de la eliminación. Y es así como, en lugar de lenguaje, construimos violencia, actos de terror casi performáticos, notas de amenazas con mala ortografía, símbolos que nos recuerdan mantenernos alerta, imágenes que se vuelven pesadillas que reposarán por siempre en las narrativas de muchos, usualmente en las memorias de esos otros, de los olvidados, esos monstruos carentes de posibilidad de existir en su diferencia.

La idea del enemigo me obsesiona porque está ligada siempre al miedo y el miedo pareciera ser un sentimiento que, paradójicamente, nos une como nación. Ese miedo tiene siempre que ver con el temor a todo aquello que pertenezca al orden de lo distinto, todo lo que no obedezca a unos estándares morales, religiosos, ideológicos. Negar todo lo diferente con la idea de construir una nación homogénea va en contravía de la propia génesis de este país.

Un país abrazado por una naturaleza rebelde, con los picos más altos, las llanuras más extensas, una naturaleza exigente, rica; pueblos con creencias profundas, con acentos distantes, pieles de diferentes colores, climas extremos, mares que cambian de color, con alabaos y gaitas; un país que le da la espalda a su propia complejidad y diversidad en un intento nefasto de homogenización, de ser lo que no somos... Y en ese esfuerzo por una construcción en contravía de lo que somos, como una especie de relato negacionista, la ausencia de confianza se ha convertido en una herramienta fundamental para alimentar el miedo y el odio hasta convertirnos en seres irracionales que no pueden, ni siquiera por un instante, hacer lo que todos los seres humanos estamos supuestamente capacitados para hacer: sentir el dolor de los otros.

Hemos elegido en cambio exaltar valores que minan la confianza, valores que poco a poco se han ido convirtiendo en máximas de la cultura popular, en parte de nuestra idiosincrasia. Sacar provecho del otro, ver siempre la mezquina

posibilidad de aventajarlo de alguna manera. La raíz de estos comportamientos tiene que ver precisamente con la imposibilidad de ver al otro como un semejante, de sentir empatía, de exaltar la bondad y la solidaridad como valores superiores en nuestra sociedad. Somos incapaces de ponernos en el lugar del otro y por un instante lleno de claridad poder imaginar, que además es un ejercicio creador, qué sentiría el otro. Pero no, no hemos estado a la altura de esa exigencia, negamos esa posibilidad en un exceso de individualismo porque aquí lo colectivo solo parece haber funcionado para aplicar la barbarie.

Una vez alguien me dijo que la tragedia de Colombia tenía que ver con un exceso de individualismo, que todo intento de colectivización ha sido asesinado, literalmente. Y en eso hemos construido un país que muchas veces he considerado inviable, un país que no se conmueve ante nada, un país avergonzado de sí mismo, un país incapaz de reconocer el horror causado, un país que prefiere la bala al sustantivo, un país donde los grupos armados, ilegales y legales, y mucha parte de las élites, han podido tener el poder a punta de rivalizarnos, de llenarnos de miedo, de satanizar y profundizar en nuestras diferencias.

Tuve el privilegio de tener acceso a una buena educación, de no padecer precariedad económica alguna en mi niñez; tuve el privilegio de crecer con unos padres que eligieron ser padres y que por ende estuvieron dispuestos a darme amor, a

responder mis preguntas y dejarme descubrir el mundo. Fue así, en el encuentro con otros, sobre todo aquellos diferentes a mí, que pude construir un carácter propio dotado de la sensibilidad heredada de mi familia.

Recuerdo perfectamente dónde estaba el día que, aún siendo muy joven, le pregunté a mi padre por el significado de la palabra emancipación. Tardó un momento en responderme. Luego, con una convicción que aún creo escuchar, dijo que era todo aquello que yo buscaba, es decir, la libertad. Cuento esta anécdota porque a través de esa búsqueda de libertad, de construir mi propio carácter y querer poder entender a los otros, me he permitido vivir siempre las más bellas aventuras.

Me aterra la idea de vivir en un mundo donde todos piensen, opinen y actúen de una misma forma. Entendí mi curiosidad por el mundo, por los otros, como una forma de rebelarme a la narrativa impuesta por el miedo. Confiar en la posibilidad de acercarme a otros, de creer en otros, de construirme a través de mis contrarios, de reconocirme en los que han nacido en lugares distintos, de aprender de los olvidados, ha significado un acto emancipador. Esa capacidad de aventurarme a conocer a los otros y sus otros mundos también tiene que ver con haber crecido sintiendo lo que significa tener un lugar en el mundo, un espacio seguro habitado para confiar en mí y en los demás; de tener los medios emocionales y materiales para poder cuestionarme sobre la vida, la libertad y la emancipación; tener la posibilidad y el

tiempo de construir pensamiento, venir de un lugar donde la palabra era importante, así como la lectura y la escucha. Todas esas cosas simples y maravillosas son, en nuestra sociedad, privilegios de muy pocos... ¿Cómo pedirle esa seguridad y confianza a aquel que ha crecido en los confines de la mirada del Estado? ¿Cómo pedir confianza en lugares donde a todo se le ha dado históricamente la espalda?

Por eso creo fundamental que, para pensar en restablecer la confianza, si bien hay que celebrar la diferencia y la diversidad, también hay que hacer un llamado por condiciones de igualdad en nuestras posibilidades de vivir, de habitar y de educarnos. Sin lo anterior, sin lo mínimo vital garantizado y de calidad, con la ausencia del Estado, con las promesas no cumplidas, ante limitaciones económicas asfixiantes, exigiéndole al otro que viva al borde del abismo, donde ni la vida de uno ni la de los otros vale nada, donde se niega muchas veces el acceso a la riqueza y la belleza, la de los recursos, la del lenguaje, veo muy difícil exigir confianza.

En un país con una división de clases tan profunda, la confianza también se ve golpeada por las diferencias económicas y de oportunidades. La diferencia tan brutal que existe entre los privilegiados y los que viven al margen, ponen al otro siempre en un lugar de desventaja profunda, desventaja injusta, además, causada por años y años de políticas excluyentes, de comportamientos indolentes, de incumplimiento de la palabra, donde el otro siempre es digno de sospecha.

Deberíamos entonces empezar, como sociedad, por cumplir a quienes siempre les hemos incumplido. Pagar esa deuda histórica de olvido y desamparo, hacer sacrificios como sociedad, en colectivo, para que el otro pueda volver a creer: creer en las instituciones, creer en los otros, creer que nacer en un determinado rincón de este hermoso país no pareciera una condena, creer que la riqueza natural no será mezquinamente entregada y vendida a otros a cuesta de su territorio y su existencia, creer en la posibilidad y la libertad de elegir quien se quiere ser y no correr peligro por eso, volver la palabra el lugar sagrado, devolverle al lenguaje el lugar digno que merece.

* * *

No ha habido en mi vida un momento en el que no recuerde exactamente quiénes han sido los enemigos de la nación.

En mi infancia y primera parte de la juventud fue Pablo Escobar y el cartel de Medellín; en mi adolescencia, las FARC; luego llegaron los paramilitares y, para mi sorpresa, vi cómo una sociedad entera se volcaba en lo privado y en lo público a aplaudir las atrocidades cometidas contra los otros... porque los otros eran siempre los pobres, los negros, los marginados, los viciosos, los campesinos, los artistas, los defensores de derechos humanos, los maricas, nosotros, los disidentes. He reconocido el horror, he conocido el mal, he padecido la

violencia de manera directa, podría decirse que tengo todo el derecho a desconfiar del otro.

Sin embargo, nunca he podido deshabilitar la palabra, sobre todo para preguntarme por esta sociedad que ha creado tanta maldad, y que, sin embargo y a pesar de todo, tanta gente resiste de manera ejemplar; por ende, he decidido confiar. He confiado en cortas conversaciones que me han permitido desmontar prejuicios, he confiado en que la vida es más importante que cualquiera de nuestras diferencias y he confiado en la posibilidad de cambio. En que a los seres humanos, en nuestra complejidad, que es equivalente a nuestra tragedia y nuestra belleza, no se nos puede definir por un solo acto, y que ser mejor, corregir y enmendar está en nuestras capacidades.

Pero por sobre todas las cosas, he elegido no creer en ese discurso impuesto de que todo lo distinto debe desaparecer. Me he negado a caer en esa visión estrecha del mundo, me he negado a dejar de preguntar por miedo, he decidido detenerme y observar, que es el acto inicial de cualquier obra de arte: observar, callar para luego cuestionar si realmente esa manera de satanizar a los otros nos ha traído a un lugar mejor, si nos ha hecho mejores seres humanos, más de fiar, más tolerantes, más respetuosos, y la respuesta claramente es no. Ese discurso de nosotros y los otros, de los buenos y los malos, nos ha conducido a una ceguera profunda, a la reproducción y repetición de imágenes violentas que se han ido

instalando y cada vez se tornan más difíciles de desmontar. En esa repetición hemos atentado contra la vida y la justicia.

He tenido la capacidad de elegir de manera pausada y respetuosa porque he tenido las herramientas emocionales, materiales y la educación para poder hacerlo, y por eso insisto en que la reconstrucción de la confianza debe provenir, por sobre todas las cosas, de cumplir el pacto social por la igualdad de derechos que llevamos décadas violando e incumpliendo. Hay que hacer que el otro crea. Hay que cumplirle primero.

Hemos sido indolentes e indecentes como sociedad, desde nuestras instituciones hasta en nuestros ámbitos más privados. Cargamos en los hombros un largo legado de traición. De la novela histórica *Ursúa*, de William Ospina, recuerdo ese pasaje en el que describe cómo fueron traicionados los muzos por los españoles. Tras no poder derrotarlos en el campo de batalla, los conquistadores decidieron llamarlos a hacer un pacto de paz. En una especie de celebración aprovecharon que todos los indígenas estaban ya borrachos con la bebida traída de Occidente. Una vez en estados profundos de inconsciencia, los españoles los asesinaron. Esa fue la única manera como pudieron derrotar y dominar las tierras de una comunidad digna, que defendía con ahínco lo que les pertenecía.

El Estado ha traicionado sus promesas una y otra vez. Los grandes gamonales, los políticos parecen solo reconocer al

pueblo a la hora de comprar votos; vuelve y se hace una celebración para luego incumplir los pactos. En muchos lugares aún no llegan el agua, ni las vías, ni las escuelas. ¿Cómo pedirle confianza a quien siempre se ha sentido traicionado? Empezar por cumplir las promesas y los pactos desde el Estado, para con las comunidades más marginadas, debería ser la primera obligación en la ardua tarea que significa querer reconstruir la confianza. Constituiría además un acto simbólico profundo.

Darle un lugar al otro, mirarlo a los ojos, escucharlo con atención, ya significaría una forma elevada de respeto. Cumplirle lo pactado, exigir que la justicia opere, que se reconozcan las faltas, y en muchos casos permitir que se conozca la verdad, nos obliga a poner a la palabra por fin como punto de partida y de llegada para reescribir nuestra golpeada realidad.

Somos un pueblo malherido, como quien ha sobrevivido maltrecho a una gran masacre. Somos aquel que, atravesado por las balas, todavía respira lento. Tenemos la posibilidad de acogernos a la vida, que va a ser solo posible si decidimos confiar en el otro, entender su dolor profundo, no para amarlo ni abrazarlo necesariamente, sino para permitirle su lugar, reconocerlo y así reconocernos, respetarlo y así coexistir sin matarnos, sin desplazarnos, sin maltratarnos.

La solidaridad y la empatía son directamente proporcionales a la posibilidad de construir confianza, de lanzar ese hilo frágil y delgado hacia la otra orilla, para que cada uno

pueda desarrollarse de manera autónoma, con sus creencias, su ideología, su dignidad, pudiendo tener la certeza de que ser mujer, joven, marica, trans, pobre, comunista, defensor de paz, mulato, negro, indio, ateo, cristiano, de izquierda o de derecha no son razones para morir asesinado.

Propongo cumplir y exigir cumplir, propongo construir una sociedad donde la gente se sienta libre de elegir quién quiere ser sin que eso le cueste la vida, propongo una sociedad que ayude a los procesos de devolver la casa y la vida porque, como dice Cortázar, solo así se recobra el rostro, y el rostro y el nombre propio son el templo de la identidad y la dignidad. Propongo que algún día confiar en el otro sea nuestro acto emancipador, decirle no más a ese discurso eterno de imponernos el miedo; que confiar en el otro se convierta en nuestra hermosa forma de revolución, para aventurarnos en la belleza y el misterio que existe en encontrarse con todo aquello que es diferente a uno y que cuando miremos a los ojos del enemigo se convierta en un bello espejismo, un recordatorio de nuestra compleja contradicción. ‡

Autores

01. HERNÁN SANTACRUZ

Bogotá. Psicoanalista fundador y presidente de la Sociedad Psicoanalítica Freudiana de Colombia. Psiquiatra y profesor titular del Departamento de Psiquiatría y Salud Mental de la Pontificia Universidad Javeriana. Coordinador del Grupo de Atención Psiquiátrica y Psicosocial en Desastres (GAPPD). Expresidente de la Asociación Colombiana de Psiquiatría.

02. DIEGO BAUTISTA

Bogotá. Ingeniero Industrial, máster en Políticas Públicas y Sociales y especialista en Evaluación de Proyectos. Fundador de la plataforma Diálogos Improbables. Actualmente es el subdirector general para las regiones del programa Nuestra Tierra Próspera, financiado por USAID.

03. LAURA MORA

Medellín. Guionista y directora de cine graduada en la Universidad de RMIT de Melbourne, Australia, país donde dirigió *Brotherhood* (2007), con el cual ganó el premio a Mejor Corto de Ficción en el Festival In Vitro Visual. En 2011 dirigió el cortometraje *Salomé*, ganador del estímulo de producción del FDC. En 2014 ganó el premio de desarrollo del FDC con *Matar a Jesús*.